

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Sr. Sapo (6/12)

Era una brillante mañana de principios de verano; el río había recuperado sus riberas y su ritmo acostumbrado, y un sol ardiente parecía tirar de todo lo verde, tupido y espinoso que salía de la tierra hacia él, como si estuviera atado con cuerdas. Topo y Rata de Agua llevaban levantados desde el amanecer, muy ocupados en asuntos relacionados con los barcos y la apertura de la temporada de navegación; pintando y barnizando, arreglando remos, reparando cojines, buscando ganchos perdidos, etc. Y estaban terminando de desayunar en su pequeño salón y discutiendo con entusiasmo sus planes para el día, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta. —¡Caramba! —dijo Rata, exageradamente—. Fíjate quién es, Topo, como buen chico, ya que has terminado. Topo fue a atender la llamada, y Rata le oyó lanzar un grito de sorpresa. Entonces abrió la puerta del salón de golpe, y anunció con gran importancia: —¡Señor Tejón!

Era algo maravilloso que Tejón les hiciera una visita formal a ellos, o de hecho a cualquiera. Generalmente había que atraparlo si se lo buscaba mucho, mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de los arbustos por la mañana temprano o al atardecer, o bien atraparlo en

su propia casa en medio del Bosque, lo cual era un compromiso serio.

El Tejón entró pesadamente en la habitación, y se quedó mirando a los dos animales con una expresión llena de seriedad. Rata dejó caer su cuchara sobre el mantel y se quedó boquiabierta.

—¡Ha llegado la hora! —dijo por fin Tejón con gran solemnidad.

—¿Qué hora? —preguntó Rata intranquila, mirando el reloj de la repisa de la chimenea.

—La hora de quién, querrás decir —respondió Tejón—. ¡La hora del Sapo! ¡La hora de Sapo! Dije que me encargaría de él en cuanto el invierno terminara, ¡y hoy me encargaré de él!

—La hora de Sapo, ¡claro! —gritó Topo encantado—. ¡Hurra! ¡Ahora lo recuerdo! Le enseñaremos a ser un Sapo sensato.

—Esta misma mañana —continuó Tejón, sentándose en un sillón—, según me enteré anoche por una fuente confiable, otro nuevo y excepcionalmente potente motor de coche llegará al Salón de Sapo a su aprobación o su regreso. En este mismo momento, tal vez, Sapo esté ocupado vistiéndose con esos atuendos singularmente horribles tan queridos por él, que lo transforman de un Sapo apuesto (comparativamente) en un Objeto que provoca un violento ataque a cualquier animal de mente decente que se cruce con él. Debemos ponernos en marcha antes de que sea tarde. Ustedes dos, animales, me acompañarán ahora mismo al Salón de Sapo, y el trabajo de rescate se llevará a cabo.

—¡Tienes razón! —gritó Rata, poniéndose de pie—. ¡Rescataremos al pobre animal infeliz! ¡Lo transformaremos! Será el Sapo más transformado que haya existido para cuando hayamos terminado con él. Partieron camino arriba en su misión de misericordia, con Tejón a la cabeza. Los animales, cuando están en compañía, caminan de una manera apropiada y sensata, en fila, en lugar de desparramarse por todo el camino y no ser útiles ni apoyarse unos a otros en caso de problemas o peligros repentinos.

Llegaron a la entrada de carruajes del Salón de Sapo y encontraron, como Tejón había anticipado, un reluciente coche nuevo, de gran tamaño, pintado de rojo brillante (el color favorito de Sapo), parado frente a la casa. Cuando se acercaron a la puerta, ésta se abrió de par en par y el señor Sapo, vestido con gafas, gorro, polainas y un enorme abrigo, bajó los escalones pavoneándose y poniéndose los guantes.

—¡Hola! ¡Vamos, amigos! —gritó alegremente al verlos—. Llegan justo a tiempo para venir conmigo a divertirnos, a divertirnos, a divertirnos...

Su sincero acento vaciló y se desvaneció al notar la severa e inflexible mirada de sus silenciosos amigos, y su invitación quedó inconclusa.

El Tejón subió los escalones.

—Llévenlo adentro —dijo severamente a sus compañeros.

Luego, mientras Sapo era empujado a través de la puerta, forcejeando y protestando, se volvió hacia el chofer del nuevo coche.

—Me temo que hoy no lo necesitaremos —dijo—. El Señor Sapo ha cambiado de opinión. No necesitará el coche. Por favor, comprenda que esto es definitivo. No necesita esperar —y siguió a los demás al interior y cerró la puerta.

—Ahora bien —le dijo al Sapo, cuando los cuatro estuvieron juntos en el Salón—, antes que nada, ¡quítate estas ridículas cosas!

—¡No! —respondió Sapo, con gran resolución—. ¿Qué significa este grosero atropello? Exijo una explicación inmediata.

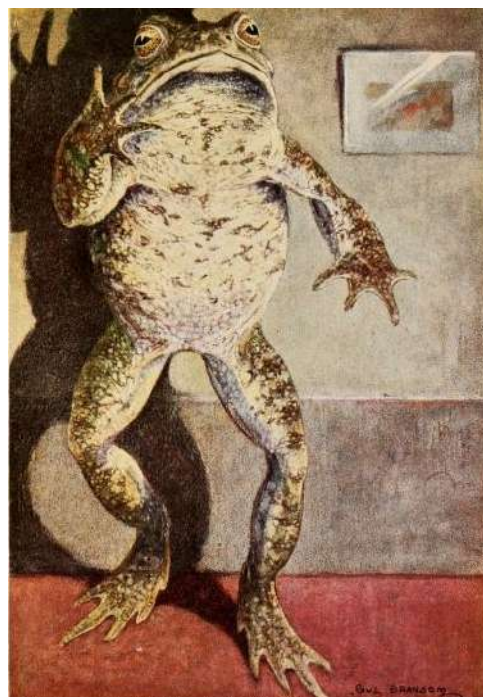
—Quítenselas, entonces, ustedes dos —ordenó brevemente Tejón.

Tuvieron que tumbar a Sapo en el suelo, pataleando y gritando todo tipo de insultos, antes de que pudieran ponerse a trabajar en condiciones. Luego Rata se sentó sobre él, y Topo le fue quitando poco a poco su ropa de conducir, y volvieron a pararlo sobre sus patas. Una buena parte de su espíritu bravucón parecía haberse evaporado con la retirada de su indumentaria. Ahora que no era más que Sapo, y ya no el Terror de la Carretera, se reía débilmente y miraba de uno a otro de manera atrayente, pareciendo comprender la situación.

—Sabías que llegaríamos a esto tarde o temprano, Sapo —explicó Tejón seriamente—. Has hecho caso omiso de todas las advertencias que te hemos dado, has seguido despilfarrando el dinero que te dejó tu padre y estás haciendo que los animales tengamos mala fama en el distrito con tu furiosa forma de conducir, tus choques y tus peleas con la policía. La independencia está muy

bien, pero los animales nunca permitimos que nuestros amigos hagan el ridículo más allá de cierto límite; y tú has llegado a ese límite. Ahora, eres un buen tipo en muchos aspectos, y no quiero ser demasiado duro contigo. Haré un esfuerzo más para que entres en razón. Vendrás conmigo a la sala de fumadores, y allí oirás algunos hechos sobre ti; y veremos si sales de esa sala siendo el mismo Sapo que eras cuando entraste.

Tomó firmemente a Sapo del brazo, lo condujo a la sala de fumadores y cerró la puerta tras ellos.



—¡Eso no es bueno! —dijo Rata despectivamente—. Hablar con Sapo nunca lo curará. Él dirá cualquier cosa.

Se acomodaron en los sillones y esperaron pacientemente. A través de la puerta cerrada apenas podían oír el largo y

continuo zumbido de la voz de Tejón, que subía y bajaba en oleadas de oratoria; y pronto notaron que el sermón comenzaba a ser puntuado a intervalos por largos sollozos, evidentemente provenientes del pecho del Sapo, que era un tipo de corazón blando y afectuoso, muy fácil de convertir (por el momento) a cualquier punto de vista.

Al cabo de unos tres cuartos de hora se abrió la puerta y reapareció Tejón, llevando solemnemente de la pata a

un Sapo muy flácido y abatido. La piel le colgaba flojamente, las patas le flaqueaban y tenía las mejillas surcadas por las lágrimas, tan abundantemente arrancadas por el conmovedor discurso de Tejón.

—Siéntate ahí, Sapo —dijo Tejón amablemente, señalando una silla. Y continuó—. Mis amigos, tengo el agrado de comunicarles que Sapo finalmente ha visto el error de sus caminos. Está realmente arrepentido por su conducta equivocada en el pasado, y se ha comprometido a renunciar a los coches a motor por completo y para siempre. Tengo su promesa solemne a tal efecto.

—Estas son muy buenas noticias —dijo Topo con seriedad.

—Muy buenas noticias en verdad —observó Rata dubitativamente—. Si sólo... si sólo...

Mientras decía esto miraba fijamente a Sapo, y no pudo evitar pensar que percibía algo vagamente parecido a un brillo en los ojos aún apenados de ese animal.

—Sólo queda una cosa más por hacer —continuó Tejón satisfecho—. Sapo, quiero que repitas solemnemente, ante tus amigos, lo que me acabas de confesar en la sala de fumadores. Primero, ¿estás arrepentido de lo que has hecho, y ves la locura de todo eso?

Hubo una pausa muy larga. Sapo miró desesperado a un lado y otro, mientras los animales esperaban en profundo silencio. Por fin habló.

—¡No! —dijo, un poco hosco, pero firme—, no lo lamento. Y no fue una locura en absoluto. ¡Fue simplemente glorioso!

—¿Qué? —gritó Tejón, muy escandalizado—. Animal descarriado, ¿no me dijiste ahí dentro hace un momento...?

—Oh, si, si, ahí dentro —dijo Sapo impaciente—. Habría dicho cualquier cosa ahí dentro, querido Tejón, tan conmovedor, tan convincente, y expones todos tus puntos tan terriblemente bien; puedes hacer lo que quieras conmigo ahí dentro, lo sabes. Pero he estado buscando en mi mente desde entonces, y repasando las cosas en ella, y encuentro que no estoy ni un poco arrepentido realmente, así que no es bueno decir que lo estoy ahora, ¿verdad?

—¿Entonces no prometes no volver a tocar un coche a motor? —preguntó Tejón.

—¡Claro que no! —respondió Sapo enfáticamente—. Por el contrario, prometo fielmente que en el primer coche a motor que vea, ¡pim, pum! me iré en él.

—Te lo dije, ¿verdad? —le dijo Rata a Topo.

—Muy bien, entonces —dijo Tejón con firmeza, poniéndose de pie—. Ya que no cedes a la persuasión, probaremos lo que puede hacer la fuerza. Siempre temí que llegaríamos a esto. A menudo nos has pedido a los tres que viniéramos y nos quedáramos contigo, Sapo, en esta hermosa casa tuya; pues bien, ahora lo haremos. Cuando te hayamos convertido a un punto de vista adecuado podremos dejarlo, pero no antes. Llénenlo arriba, ustedes dos, y enciérrenlo en su dormitorio, mientras arreglamos los asuntos entre nosotros.

—Es por tu propio bien, Sapo, lo sabes —dijo Rata amablemente, mientras Sapo, pataleando y forcejeando,

era arrastrado escaleras arriba por sus dos fieles amigos —. Piensa en lo bien que lo pasaremos todos juntos, como solíamos hacerlo, cuando hayas superado este... ¡doloroso ataque tuyo!

—Cuidaremos de todo por ti hasta que te recuperes, Sapo —dijo Topo—, y nos ocuparemos de que tu dinero no se malgaste, como ha sucedido.

—No más de esos lamentables incidentes con la policía, Sapo —dijo Rata, mientras lo empujaban a su dormitorio.

—Y no más semanas en el hospital, recibiendo órdenes de las enfermeras, Sapo —añadió Topo, girando la llave y volviéndose hacia él.

Bajaron la escalera, Sapo gritándoles insultos a través del ojo de la cerradura; y los tres amigos se reunieron entonces en conferencia sobre la situación.

—Va a ser un asunto tedioso —dijo Tejón, suspirando—. Nunca he visto a Sapo tan determinado. Sin embargo, lo resolveremos. No debemos dejarlo ni un instante sin vigilancia. Tendremos que turnarnos para estar con él, hasta que el veneno haya salido de su sistema.

Organizaron las guardias en consecuencia. Cada animal se turnaba para dormir en la habitación de Sapo por la noche, y se repartían el día. Al principio Sapo fue sin duda muy difícil para sus cuidadosos guardianes. Cuando se apoderaban de él sus violentos ataques, colocaba las sillas de la habitación en forma de coche y se agazapaba en la primera de ellas, inclinado hacia delante y con la mirada fija en el frente, haciendo ruidos groseros y espantosos, hasta alcanzar el clímax, cuando,

dando una voltereta completa, quedaba postrado entre las ruinas de las sillas, aparentemente satisfecho por el momento. Con el paso del tiempo, sin embargo, estos dolorosos ataques se hicieron gradualmente menos frecuentes, y sus amigos se esforzaron por desviar su mente hacia nuevos caminos. Pero su interés por otros asuntos no parecía revivir, y se volvió aparentemente lánguido y deprimido.

Una buena mañana, Rata, a quien le tocaba ir de guardia, subió a relevar al Tejón, a quien encontró inquieto por salir y estirar las piernas en un largo paseo alrededor de su bosque y por sus tierras y madrigueras. —Sapo todavía está en la cama —le dijo a Rata, afuera de la puerta—. No puedo sacarle mucho, excepto “déjame en paz, no quiero nada, tal vez mejore pronto, puede que se me pase con el tiempo, no te preocupes demasiado”, y cosas por el estilo. Ahora, ¡ten cuidado, Rata! Cuando Sapo está tranquilo y sumiso y juega a ser el héroe de un premio de escuela dominical, entonces está en su mejor momento. Seguro que hay algo. Lo conozco. Bueno, debo irme.

—¿Cómo estás hoy, viejo amigo? —preguntó Rata alegremente, cuando se acercó a la cabecera de Sapo. Él tuvo que esperar algunos minutos para una respuesta. Por fin, una voz débil replicó:

—¡Muchas gracias, querida Ratita! ¡Qué bueno que preguntes! Pero primero, ¿cómo estás tú, y el excelente Topo?

—Oh, estamos bien —respondió Rata—. Topo va a salir a dar una vuelta con Tejón. Estarán fuera hasta la hora del

almuerzo, así que tú y yo pasaremos una agradable mañana juntos, y haré todo lo posible para entretenerte. Ahora levántate, buen chico, ¡y no te quedes ahí deprimido en una mañana tan bonita como esta!

—Querida y amable Rata —murmuró Sapo—, ¡qué poco te das cuenta de mi condición, y qué lejos estoy de levantarme ahora, o nunca! Pero no te preocupes por mí. Odio ser una carga para mis amigos, y no espero serlo por mucho tiempo más. De hecho, casi espero que no.

—Bueno, yo también espero que no —dijo la Ratita de todo corazón—. Has sido una gran molestia para nosotros todo este tiempo, y me alegra oír que va a terminar. Y con un clima como este y la temporada de navegación recién comenzada. ¡Qué lástima, Sapo! No son las molestias lo que nos preocupa, pero nos haces perder muchas cosas.

—Me temo que sí son las molestias lo que les molesta —respondió Sapo lánguidamente—. Lo entiendo perfectamente. Es bastante natural. Estás cansado de preocuparte por mí. No debo pedirte que hagas nada más. Soy una molestia, lo sé.

—Lo eres, en efecto —dijo Rata—. Pero te digo que me tomaría todas las molestias del mundo por ti, con tal de que fueras un animal sensato.

—Si pensara eso, Ratita —murmuró Sapo, más débilmente que nunca—, entonces te rogaría, probablemente por última vez, que fueras al pueblo lo más rápido posible, aunque ahora sea demasiado tarde, y trajeras al doctor. Pero no te molestes. Es sólo una molestia, y quizás sea mejor dejar que las cosas sigan su curso.

—¿Para qué quieres un médico? —preguntó Rata, acercándose y examinándolo. Él ciertamente yacía muy quieto y plano, y su voz era más débil, y su manera cambió mucho.

—Seguramente has notado últimamente... —murmuró Sapo—. Pero no... ¿por qué habrías de hacerlo? Notar las cosas es sólo un problema. Mañana, de hecho, te dirás a ti mismo: "Oh, si tan sólo lo hubiera notado antes. Si hubiera hecho algo." Pero no; es una molestia. No importa; olvida que te lo he pedido.

—Mira, viejo —dijo Rata, empezando a alarmarse—, claro que traeré un médico, si de verdad crees que lo necesitas. Pero no puedes estar tan mal como para eso todavía. Hablemos de otra cosa.

—Me temo, querido amigo —dijo Sapo, con una triste sonrisa—, que "hablar" puede hacer poco en casos como este; o los médicos tampoco, en tal caso; aun así, uno debe aferrarse a la más mínima paja. Y, por cierto, ya que estamos (detesto causarle más molestias, pero recuerdo que va a pasar por la puerta), ¿te importaría pedirle al abogado que suba? Sería conveniente para mí, y hay momentos, o quizás deba decir que hay un momento, en que uno debe enfrentarse a tareas desagradables, ¡cueste lo que cueste a la agotada naturaleza!

—¡Un abogado! Oh, debe ser realmente malo —se dijo Rata, asustado, mientras salía apresuradamente de la habitación, sin olvidarse, sin embargo, de cerrar cuidadosamente la puerta tras él.

Afuera, se detuvo a reflexionar. Los otros dos estaban lejos, y no tenía con quién consultarlo.

—Es mejor ir sobre seguro —dijo reflexionando—. He visto a Sapo sentirse terriblemente mal antes, sin la menor razón; ¡pero nunca lo he oído pedir un abogado! Si en realidad no le pasara nada, el médico le dirá que es un viejo tonto y lo animará; y con eso ya habrá ganado algo. Será mejor que le siga la corriente y me vaya; no tardaré mucho —y salió corriendo al pueblo en su misión de misericordia.

Sapo, que había saltado de la cama en cuanto oyó girar la llave en la cerradura, lo observó atentamente desde la ventana hasta que desapareció por el camino de carruajes. Luego, riendo a carcajadas, se vistió lo más rápidamente posible con el traje más elegante que pudo conseguir en ese momento, se llenó los bolsillos de dinero en efectivo que sacó de un pequeño cajón del tocador, y a continuación, anudó las sábanas de su cama y ató un extremo de la cuerda improvisada alrededor del travesaño central de la hermosa ventana Tudor que formaba parte de su dormitorio; y salió, se deslizó suavemente hasta el suelo y, tomando la dirección opuesta a Rata, se marchó alegremente, silbando una alegre melodía.

Fue un almuerzo sombrío para Rata cuando Tejón y Topo por fin regresaron, y tuvo que enfrentarlos en la mesa con su lamentable y poco convincente historia. Los agrios, por no decir brutales, comentarios de Tejón pueden ser imaginados, y por lo tanto pasados por alto; pero fue doloroso para Rata que incluso Topo, aunque se

puso del lado de su amigo tanto como fue posible, no pudo evitar decir:

—¡Has sido un poco tonto esta vez, Ratita! Sapo, también, ¡de todos los animales!

—Lo hizo terriblemente bien —dijo la cabizbaja Ratita.

—¡Te lo hizo terriblemente bien, A TI! —replicó Tejón acaloradamente—. Sin embargo, hablar no arreglará las cosas. Se ha escapado por el momento, eso es seguro; y lo peor de todo es que estará tan engréido con lo que pensará que es su astucia que puede cometer cualquier locura. Un consuelo es que ahora somos libres, y no necesitamos perder más de nuestro precioso tiempo haciendo de guardias. Pero será mejor que sigamos durmiendo en el Salón de Sapo por un tiempo más. Sapo puede volver en cualquier momento, en camilla o entre dos policías.

Así habló Tejón, sin saber lo que le deparaba el futuro, ni cuánta agua, y de carácter turbio, había de correr bajo los puentes antes de que Sapo volviera a sentarse a sus anchas en su ancestral Salón.

Mientras tanto, Sapo, alegre e irresponsable, caminaba a paso ligero por la carretera, a algunos kilómetros de su casa. Al principio había tomado caminos secundarios, cruzado muchos campos y cambiado de rumbo varias veces, por si lo perseguían; pero ahora, sintiéndose ya a salvo de la recaptura, y con el sol sonriéndole brillantemente, y toda la Naturaleza uniéndose en un coro de aprobación a la canción de autoalabanza que su propio corazón le cantaba, casi bailaba por el camino en su satisfacción y engrimiento.

—¡Menudo trabajo! —se dijo riendo entre dientes—. Cerebro contra fuerza bruta; y el cerebro salió vencedor, como debía ser. ¡Pobre Ratita! ¡Vaya! Cuando Tejón vuelva, no entenderá. Un tipo digno, Ratita, con muchas buenas cualidades, pero muy poca inteligencia y absolutamente ninguna educación. Algún día debo ocuparme de él, y ver si puedo hacer algo por él. Lleno de pensamientos engraidos como éstos, caminó con la cabeza en alto hasta que llegó a un pueblecito, donde el letrero de "El León Rojo", que se balanceaba a mitad de la calle principal, le recordó que no había desayunado aquel día y que tenía mucha hambre después de su larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que se le podía proporcionar con tan poca antelación y se sentó a comerlo en la cafetería. Iba por la mitad de la comida cuando un sonido demasiado familiar, que se acercaba por la calle, lo hizo sobresaltar y ponerse a temblar. El tuut-tuut se acercaba cada vez más, se oía el coche que entraba en el patio y se detenía, y Sapo tuvo que agarrarse a la pata de la mesa para disimular su desbordante emoción. En seguida entraron en la cafetería, hambrientos, locuaces y alegres, hablando de sus experiencias de la mañana y de los méritos del coche que tan bien los había llevado. Sapo escuchó ávidamente, todo oídos, durante un rato; al fin no pudo soportarlo más. Salió de la habitación sin hacer ruido, pagó la cuenta en el bar y, en cuanto salió, se dirigió tranquilamente al patio. —No puede haber nada malo en que me limite a mirarlo —se dijo.

El coche estaba en medio del patio, desatendido, ya que los mozos de cuadra y otros sirvientes estaban cenando. Sapo caminó lentamente a su alrededor, inspeccionando, criticando y reflexionando profundamente.

—Me pregunto si este tipo de coche arranca con facilidad —se dijo.

Al momento siguiente, sin saber apenas cómo había ocurrido, se dio cuenta de que había agarrado la manivela y la estaba girando. Al oír el sonido familiar, la vieja pasión se apoderó de Sapo y lo dominó por completo, en cuerpo y alma. Como en un sueño, se encontró, de algún modo, sentado en el asiento del conductor; como en un sueño, tiró de la palanca e hizo girar el coche alrededor del patio y salió por el arco; y, como en un sueño, todo sentido del bien y del mal, todo temor a las consecuencias obvias, pareció temporalmente suspendido. Aumentó el ritmo, y mientras el coche devoraba la calle y saltaba hacia la carretera que atravesaba el campo abierto, sólo era consciente de que era Sapo una vez más, Sapo en su máxima expresión, Sapo el terror, el difusor del tráfico, el Señor del sendero solitario, ante quien todo debe ceder o ser abatido en la nada y la noche eterna. Cantaba mientras volaba, y el coche respondía con un zumbido sonoro; los kilómetros se comían bajo él mientras aceleraba sin saber hacia dónde, cumpliendo con sus instintos, viviendo su hora, sin preocuparse de lo que pudiera sucederle.

—En mi opinión —observó alegremente el Presidente del Tribunal de Magistrados—, la única dificultad que se

presenta en este caso, por lo demás muy claro, es cómo podemos hacer que sea lo suficientemente duro para el incorregible bribón y rufián empedernido que vemos acobardado en el banquillo ante nosotros. Veamos: ha sido declarado culpable, con las pruebas más claras, en primer lugar, de robar un valioso coche de motor; en segundo lugar, de conducir con peligro para el público; y, en tercer lugar, de grave impertinencia hacia la policía rural. Sr. Secretario, ¿podría decirnos, por favor, cuál es la pena más dura que podemos imponer por cada uno de estos delitos? Sin, por supuesto, conceder al preso el beneficio de la duda, porque no hay ninguna

El Secretario se rascó la nariz con el bolígrafo.

—Algunas personas considerarían que robar el coche era el peor delito; y así es. Pero, sin duda, la peor pena es la de ser insolente con la policía, y así debe ser.

Suponiendo que usted dijera doce meses por el robo, lo cual es leve; y tres años por la conducción furiosa, lo cual es indulgente; y quince años por la desfachatez, que fue una desfachatez bastante mala, a juzgar por lo que hemos oído en el estrado, aunque usted sólo crea una décima parte de lo que ha oído, y yo nunca creo más; esas cifras, si se suman correctamente, totalizan diecinueve años... —observó.

—¡De primera! —dijo el Presidente.

—...Así que mejor que sean veinte años redondos para estar seguros —concluyó el Secretario.

—¡Excelente sugerencia! —dijo el Presidente con aprobación—. ¡Prisionero! Contrólese e intente mantenerse erguido. Esta vez te van a caer veinte años.

Y ten en cuenta que, si vuelves a comparecer ante nosotros, bajo cualquier cargo, tendremos que tratarte muy seriamente.

Entonces los brutales secuaces de la ley cayeron sobre el desventurado Sapo; lo cargaron de cadenas y lo arrastraron desde el Palacio de Justicia, chillando, rezando, protestando; a través del mercado, donde el juguetón pueblo, siempre tan severo con el crimen detectado como comprensivo y servicial cuando uno es simplemente "buscado", lo asaltó con abucheos, zanahorias y eslóganes populares; pasó junto a los niños de la escuela, con sus inocentes rostros iluminados por el placer que siempre les produce ver a un caballero en apuros; cruzó el hueco puente levadizo, bajo el puntiagudo rastrillo, bajo el ceñudo arco del viejo y sombrío castillo, cuyas antiguas torres se alzaban en lo alto; pasando por las salas de guardia llenas de soldados sonrientes fuera de servicio, y por centinelas que tosían de una manera horrible y sarcástica, porque eso es lo máximo que un centinela en su puesto se atreve a hacer para mostrar su desprecio y aborrecimiento del crimen; subiendo escaleras de caracol desgastadas por el tiempo, pasando por hombres de armas con casaca y coraza de acero, lanzando miradas amenazadoras a través de sus cascos; atravesaron patios, donde los mastines tiraban de sus correas y lanzaban zarpazos al aire para alcanzarlo; pasaron junto a antiguos guardianes, con sus espadas apoyadas en la pared, dormitando sobre una empanada y una jarra de cerveza negra; siguieron y siguieron, pasaron junto a la cámara de los estantes y la sala de

los tornillos, pasaron junto al desvío que conducía al patíbulo privado, hasta que llegaron a la puerta de la mazmorra más lúgubre que había en el corazón del calabozo más recóndito. Allí se detuvieron por fin, donde un anciano carcelero estaba sentado tocando un manojo de poderosas llaves.

—¡Oddsbodikins! —dijo el sargento de la policía quitándose el casco y secándose la frente—. Despiértate, viejo chiflado, y apodérate de este vil Sapo, un criminal de la más profunda culpabilidad y de una astucia y unos recursos incomparables. Vigílalo y protégelo con toda tu destreza; y fíjate bien, barba gris, que, si algo malo sucede, tu vieja cabeza responderá por la suya, ¡y una reprimenda para ambos!

El carcelero asintió sombríamente, apoyando su marchita mano en el hombro del miserable Sapo. La oxidada llave crujió en la cerradura, la gran puerta sonó tras ellos; y Sapo era un prisionero indefenso en la mazmorra más recóndita del calabozo mejor guardado del castillo más robusto a lo largo y ancho de la alegre Inglaterra.